

El desierto —en los salmos—

Feliz el monje
que no escucha la voz de su carne
y se interna en el desierto
sin sendas, ni pisadas
y acampa día y noche en la Palabra.

Sus ojos se harán como palomas
al borde de las aguas (Cant 5,12)
Se hará patente al corazón del Padre
el acento galileo de su alma.

Este es mi Hijo
El Amado
en Quien me complazco.

Dios es el ámbito en que "existe, se mueve y es" el salmista (sal 15,5 y 6). No vive en El por haberse afanado en poseerlo; gratuitamente, por "herencia", —derecho de hijos— lo ha recibido.

La belleza de este ambiente es el gozo de su corazón.

El Lote es hermoso y *basta* para saciar al hombre que está providencialmente sediento de los trascendentales. Sed que los dioses y señores de esta tierra no pueden satisfacer.

Sí, el desierto, en el que Dios es la única presencia, llena de alegría el corazón del salmista. Pero... hay otro desierto, en el que sólo Uno es el Ausente y a Quien su oración no alcanza (sal 21). Por esta Presencia clama día y noche (sal 41).

Sólo existe un desierto insoportable para el hombre creado con el fin de conocer, amar y servir a Dios, y es: el alejamiento de Dios, su abandono en la tarde del viernes santo. Jesús, apretujado por los hombres, acompañado por la compasión de su Madre y de Juan... está en el corazón del único desierto angustioso: la Ausencia de su Padre: "...ven corriendo... no Te quedes lejos".

Pero Dios no abandona para siempre, finalmente "muestra su Rostro" (v. 25) y establece al Hijo (y al hijo) en su Presencia... "me hará vivir para El"...

El desierto, aquel lugar a donde Dios nos lleva "para hablarnos al corazón" (Oseas), puede llegar a ser un "lugar de chacales" (sal 43). Es el misterio del sufrimiento cristiano.

El desierto es el refugio del débil (sal 54): "Me asalta el temor y el temblor, me cubre el espanto, y pienso: ¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme! Emigraría lejos, me pondría enseguida a salvo de la tormenta..." Los hombres suelen ser una ayuda, pero también pueden ser un peligro y quien no es fuerte no puede vencer. El desierto se convierte entonces en el lugar humilde de los pequeños, de los sin fuerzas, de los que han abandonado todo para salvar la vida, "mi única Vida". Lo único precioso de cuanto aquí poseen.

“¡Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo y avanzabas por el desierto... alfombrad el camino del que avanza por el desierto... alegraos en su Presencia... (sal 67)”.

La vida, marcha procesional. Lugar de paso. Dios abriendo rumbos. Bullicio de fiesta. Alabanza a Dios en la confianza: “Dichosos los que encuentran en Ti su fuerza al preparar su peregrinación: cuando atraviesan áridos valles los convierten en oasis” (sal 83, 6-7).

El desierto es el lugar por excelencia de la Providencia maternal de Dios. Allí el solitario está tan impotente como el niño de pecho. Allí lo quiere Dios —y el Espíritu lo empuja— para darle la experiencia —y por él a toda la Iglesia— de que El lo es todo y de todo cuida. Es Nube, Fuego, Roca, Sombra, Luz, Guía; es el Arquitecto y como tal pone diques a las aguas, es El quien abre caminos, quien abreva con arroyos... nacidos de la peña. (sal 77,13s.).

La fe y la confianza en su auxilio (sal 77,52s.) son las únicas respuestas que Dios espera y suscita. Seguridad en Aquel que guía y que nos hará entrar por las santas fronteras hasta el monte que adquirió con su diestra. (sal 77,52s.).

Ningún hombre tropieza en el desierto (sal 104,37). Si es voluntad de Dios que ande por él, Dios mismo dará los medios, inventará la ocasión, cambiará, si es preciso, el corazón de los hombres, y los mismos que antes se oponían los cargarán de oro y plata (sal 104,38) y se alegrarán de que se marchen.

Ser introducidos en el yermo es ser introducidos en el gozo del Espíritu —un gozo totalmente hecho de fe— en la victoria pascual que vence al mundo que anida en nuestros miembros... “sacó a su pueblo con alegría, a sus escogidos con gritos de triunfo (sal 104,43)”.

Un día y otro día, esta Unica Presencia, escondida en el corazón del desierto, deberá *bastar*. Muéstranos al Padre y eso nos basta. Entonces será el desierto lugar de reposo, lugar del encuentro nupcial.

Optar por Dios radicalmente es una elección de todos los días; pero permanecer en el desierto no basta. Entrar en él, morar en él, es caminar, “tirar tierra adentro”. No sabemos bien hacia adónde, perdiendo provisiones, como pobres... “pero enriqueciendo a muchos”. ¡Ay del que “arda de avidez en el desierto”!, del que no se fía de los planes de Dios, del que retiene algo, del que añora y suspira por las cebollas de Egipto, del que se modela un Dios abarcable... La angustia lo poseerá y el desierto lo arrojará de su seno.

Por la misericordia de Dios quedará aguardando porque sus dones son sin arrepentimiento (sal 105 y sal 106).

Hna. María Estefanía Tamburini, o.s.b.
Sta María, Madre de la Iglesia - Uruguay